

amor grande, amor perfecto, porque *le* lo despreció por el amor de Jesús; por lo que la perdonó el Señor sus pecados, porque *le amó mucho*. Este amor no podía ser anterior por haber sido su vida criminal; Cristo no podía mentir; luego es claro que la calificación de este amor hecha por la verdad eterna, declara que fué mucho, porque fué desde su principio, grande, sólido y perfecto; por consiguiente hizo Jesús con esta declaración el mas grande y cumplido elogio de la pecadora; y el que hizo de esta misma mujer en el castillo de Bethania, no fué sino una confirmacion ó continuacion del primero, así como el hecho de la misma de sentarse á los piés del Maestro para oír sus doctrinas, puede tambien mirarse como una continuacion del que comenzó en casa del fariseo. Aquí se postra y llora para obtener el perdón supuesto que es pecadora, y en Bethania se sienta porque sabe que es á ya perdonada. Postróse en casa del fariseo, porque iba á ofrecer la dádiva de su corazon y de su amor, y como era pecadora se presentaba tímida; y sintióse en Bethania confiada, porque se habia aceptado la ofrenda y la justicia estaba aplacada. Los fervores de la contemplacion que en el castillo manifiesta, no son sino las llamas ardorosas de aquel amor que la arrastró á casa del fariseo y la obligó á rendirse; pero sentada ó postrada en una y otra parte, está rendida á la violencia del amor.

Este amor innegable y nunca desmentido, adquiri lo y conservado siempre á los piés de Jesús, fué el que la alentó en la pasion para que no abandonase á su Madre, atravesase con ella la calle de la Amargura, subiese con ella al Gólgota, permaneciese junto á ella al pié de la cruz, y para que fuese la primera que después de muerto el Redentor y estando aun clavado en el suplicio, se arrojae ardiente á sus piés divinos, los regase de nuevo con sus lágrimas y los adorase con la mayor ternura; y fué, en fin, el que la impulsó, para que despreciando los peligros y la firocidad de los centinelas, corriese tambien de madrugada con otras al sepulcro para ungirlo; y de aquí fluye la razon poderosa que debilita, enerva y destruye completa y vigorosamente la segunda razon que alegan los sostenedores de la opinion de que María Magdalena ó la pecadora no pudo ser la hermana de Marta y de Lazaro.

De positivo sabemos, dicen, que Maria, hermana de Marta, era

del castillo de Bethania, y era rica y opulenta; y de la pecadora no sabemos sino que era galilea, y no nos consta su casa, ni su patrimonio; al contrario, hay motivo para pensar que no tenia casa ni hogar alguno. Y sien lo esto así, ¿de dónde podia sacar el gasto para aquel bálsamo de nardo precioso que derramó á los piés de Jesús, lo que el mismo Jadas estimó de un valor de más de trescientas monedas de plata? ¿Ni de dónde saldria el valor de aquellas cien libras de mirra y aloes para ungiro en el sepulcro? Son casi inmensas las pruebas de razon y congruencia, que de las aducidas hasta aquí pueden deducirse para probar que las Marias célebres en el Evangelio no fueron tres, ni dos, sino una sola, á la que corresponden todas las circunstancias que en él se refieren; y que esta fué precisamente la hermana de Marta y de Lazaro; pecadora un tiempo, después arrepentida, compañera fiel y discipula de Jesús, sin que las sutilezas de algunos metafísicos escritores basten para destruir esta opinion, que tiene en su apoyo la de san Gerónimo y la de otros muchos padres y doctores de la Iglesia.

Incomprensible siempre el Señor en sus juicios y resoluciones, dejó á las dos hermanas y á sus apóstoles, para pasar la noche en oracion y encomendar á su Padre celestial la ejecucion de los designios que habia formado para la mañana siguiente. Este dia era el sábado ó la fiesta intermedia de la solemnidad, para lo cual su Majestad habia fijado su entrada en Jerusalem y en el templo. En ella lo habian buscado con gran empeño en el principio de la solemnidad como el Señor lo tenia previsto. Amigos y enemigos, todos deseaban verle; los unos para alabarle, los otros para vituperarle. Estaba dividida notablemente Jerusalem respecto de su persona, y la division dependia de la diversidad de intereses de cada uno de los judíos; basábanle algunos pocos con sana intencion, otros por mera curiosidad y deseo de verle obrar algun milagro, y otros, en fin, para darle muerte. Los grandes soberbios, los devotos hipócritas, los sabios envejecidos y los magistrados prevaricadores, todos lo aborrecian. Apenas se encontraban estos en diferentes órdenes de la república un pequeño número de personas prudentes y desinteresadas que no quisiesen contribuir en perderlo; y aun era preciso á los que en él, creían disimular sus afectos y tener oculta su buena voluntad para no perderse á sí mismo.

El pueblo, fiel espectador de los sucesos, atento observador de los milagros y celoso escudriñador de las doctrinas de Jesús y de las de los fariseos, aun no estaba enteramente corrompido; pero la obra de la seducción general hacia progresos muy sensibles. Seis meses antes había salido Jesús de la capital, y confundido y abochornado á sus injustos detractores con un estupendo milagro, que confirmó en la buena opinion que de él tenían, á todos aquellos á cuya noticia había llegado. Los que de Galilea se presentaban en Jerusalem confirmaban la buena opinion de Jesús y persuadían fuertemente á sus partidarios de que en la que habían formado acerca del Salvador no se equivocaban. Estos, que pueden muy bien llamarse sus discípulos, no eran muy numerosos, y aun poco á poco se disipaban, porque los sacerdotes y los escribas no omitían diligencias ni calumnias para desacreditarlo enteramente.

Habíase divulgado en la ciudad la llegada del Salvador á Bethania, y muchos le creían en Jerusalem, cuando aun estaba como oculto en el cestillo; y como no le hallasen entre la muchedumbre los principales cabezas de la conspiracion, se preguntaban á sí mismos y se decían con desprecio é insulto: ¿Dónde está ese Jesús Nazareno? No hay duda que estará escondido en alguna parte de la ciudad, y el temor que tiene á los magistrados le impedirá presentarse en la solemnidad. Los mas celosos y alentados de sus discípulos contrariaban la doctrina de los escribas y le anunciaban como un hombre santo. Lo que él enseña, decían, es todo puro, todo celestial y divino. No cabe duda que él es el gran Maestro que Dios envió al mundo para la verdadera enseñanza de los hijos de Israel: dichosos serán sin duda los que le crean y cumplan puntualmente sus doctrinas. Otros empero preocupados y verdaderamente engañados por las doctrinas maldicientes de los escribas, replicaban y decían: No, no es así. El es un engañador que abusa del pueblo ignorante. No puede venir de parte de Dios un hombre que con su ejemplo enseña á quebrantar el sábado en todas partes donde predica; nosotros vimos que lo ejecutó á nuestra vista y escandalizó á todos nuestros doctores; por cuya razon no se atreve á presentarse en Jerusalem: ni en las Pascuas, ni en la fiesta de Pentecostés lo hemos visto, y lo mismo sucederá en esta solemnidad. Sin embargo

de todo esto, nadie se atrevía á hablar públicamente de él por el miedo que tenían á los judíos.

Es de advertir que este murmullo que había en Jerusalem, dice san Agustín que nacia de la contienda [1]. ¿Y qué contienda es esta? Porque unos decían, bueno es, y otros decían: no, sino que engaña al pueblo. No le nombran por su propio nombre, tanto los que le querían con intencion sana cuanto los que le deseaban con ánimo dañado. Estos tenían como á menos el nombrarle, porque su nombre les era pesado. Los que hablaban de él y le buscaban con veneracion y respeto, no se atrevían á nombrarle por miedo de los judíos; sobre lo que dice san Crisóstomo [2]: No se diga que había en Jerusalem una grande opinion formada, porque es preciso distinguir entre la opinion del pueblo y la de los príncipes y sacerdotes. Yo creo que aquella era la de la muchedumbre; pero la de los príncipes estaba enteramente corrompida, y unos y otros, añade san Agustín [3], eran reos á la presencia de Dios; porque reo es el que calla la verdad, y reo es el que dice la mentira; y aunque la muchedumbre no callaba al parecer la verdad, sin embargo, la celaba y ocultaba por miedo de los judíos.

En medio de esta confusion se presenta Jesucristo en Jerusalem, y persuadido íntimamente de la disposicion de los ánimos no quiso entrar en compañía de sus hermanos ó parientes. No se hospedó en casa alguna de la ciudad. No se dejó ver sino en el templo, lugar de refugio y en todos tiempos mirado como inviolable asilo. La admiracion fué extrema, porque se presentó en el instante mismo en que los fieles ya desesperaban de verlo y los incrédulos no estaban preparados para sorprenderlo. En poco tiempo se vió rodeado de gente, hizo silencio y empezó con un discurso de religion que no nos han conservado los historiadores, pero cuya materia es preciso fuese grande, misteriosa y sublime cuando los mismos magistrados y doctores de la ley, arrebatados por una parte por la fuerza irresistible de la verdad, y por otra envidiosos y como fuera de sí, clamaban y decían: ¿Cómo sabe este las letras sagradas sin haber

[1] Div. August. Tract. 28 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 48 in Joann.

[3] Div. August. Tract. 28 in Joann.

las estudiado jamás? Este hombre, decían otros, sabemos que ha pasado toda su vida en un oficio mecánico; jamás ha frecuentado las escuelas; no ha estudiado como nuestros sabios, ni debería saber mas que nosotros. ¿De dónde pues ha sacado tanta doctrina? ¿De qué fondo saca tantas maravillas como salen de su boca? El Señor, que penetraba bien lo que pasaba en el corazon de los escribas, tomó de ahí motivo para continuar su instruccion, excitando de esta manera mas la admiracion del pueblo, y confundiendo con mayor firmeza la malicia de los magistrados y príncipes de la Sinagoga.

Mi doctrina, dijo respondiéndoles en alta voz, *no es mía, sino de aquel que me envió*. No es una ciencia adquirida en las academias á fuerza de mucho tiempo y trabajo; no se aprende en la escuela de los hombres, porque no es fruto del estudio ni produccion del entendimiento humano. Yo no la he inventado ni perfeccionado. En este sentido os digo que no es mía, sino de aquel que me envió. A mí Padre se la debo. De él es de quien yo la he recibido para comunicarla al mundo. De su divino seno la he sacado. Si alguno quisiere hacer de esto el debido juicio y saber si es de Dios de quien yo la tengo, es preciso que tenga un entendimiento puro y un corazon recto. Si yo hablara de mí mismo, buscaria mi gloria delante de los hombres y me gloriaría de mis pensamientos y discursos. Así es como lo hacen los sabios presumidos del mundo, y así lo hicieron los que os profetizaron en mi nombre, y yo no los habia enviado ni les habia hablado visiones mentirosas, adivinacion, vanidad y engaño de corazon; os profetizaron porque buscaban su gloria; mas yo, que veis que refiero toda la honra y gloria á mi Padre que me ha enviado, de ninguna manera debo ser para vosotros sospechoso. El que así os habla es fiel y veraz, y por consiguiente no debeis suponer en él fraudes ni injusticias.

Después de esto continuó el Señor su discurso con denodada valentía, y encarándose con los doctores de la ley cuyos corazones penetraba, les dijo: ¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y con todo eso ninguno de vosotros la cumple? Que fué lo mismo que decirles: Yo sé bien que vosotros promoveis sediciones en el pueblo, y maquináis secretamente contra mí acusándome de que no obser-

vo religiosamente la ley del sábado; y para justificar nuestro dicho, enteramente calumnioso y falso, añadís con sobrada imprudencia que di pruebas de ello en esta ciudad la última vez que estuve en ella. Vosotros os engañais, y yo estoy pronto á convenceros de que en todo este gran pueblo á quien hablo no hay un solo hijo de Jacob ni un discípulo de Moisés que no observe la ley tan literalmente como yo. ¿Con qué motivo pues se me denigra en Jerusalem y se me trata como á enemigo del Legislador, y por esto intentais matarme? ¿Acaso por haber hecho una obra de misericordia en día de sábado? . . . Una agitacion y efervescencia general se excitó en medio del pueblo al oír esta aseveracion de Jesús; y á ella respondieron inmediatamente las turbas, instigadas sin duda y seducidas por los fariseos, y dijeron: Estás endemoniado; ¿quién es el que ha pensado en eso? Replicóles Jesús con la moderacion que le era propia, á pesar de lo incivil y grosero de la respuesta que se le habia dado, porque conocia bien que en la mayor parte de las turbas no nacia de un interior malvado, aunque no ignoraba que no estaba lejos el día en que una parte de aquel mismo pueblo, amotinada y enfurecido por los mismos escribas, clamaria en el pretorio de Pilatos y diria: *Quítale de nuestra vista y crucifícale*; y les dijo: Una obra hice en sábado y todos os maravillais. ¿No es cierto que Moisés os dió la circuncision, no porque traiga de él su origen, sino de los patriarcas que la recibieron de Dios? y si por no quebrantar la ley circuncidais al hombre en día de sábado, sin que por esto se mira con infraccion de la ley, sino por el contrario cumplimiento de su observancia; ¿por qué llevais á mal que en el día mismo del sábado sanase yo á todo un hombre?

Volved, volved sobre vosotros mismos, y conocen que la cura milagrosa de un paralítico, obrada con una sola de mis palabras, en el día del sábado, no es mas contraria al descanso del día sétimo que la circuncision de vuestros hijos. ¿Son por ventura las obras de misericordia menos meritorias que las de la ley? ¿O acaso no son aquellas preferibles á las de la ley misma? Y si estas se hacen todos los días de la semana inocentemente, ¿por qué aquellas no se harán con mérito en el día de sábado? No juzgueis por lo que parece ni segun lo que aparentan las cosas; juzgad imparcialmente:

ni la adulación, ni el respeto á persona alguna, ni la hipocresía, ni la simulación, tenga lugar en vuestros juicios, y sean ellos subordinados en todo á la ley, á la razón, á la equidad y á la justicia.

No podia dejar esta contestación de Jesús de hacer una honda y muy fuerte impresión en los ánimos de todos los que la oyeron, sin que se encontrase alguno que no quedase satisfecho ó que se atreviese á reclamar. Mas viendo que habian enmudecido los escribas y fariseos, y que no se atrevian á llevar adelante las pérdidas intenciones de la Sinagoga, admirados por una parte de la libertad con que Jesús les hablaba, y por otra del estupor y cobardía que se habia apoderado del corazón de los escribas, decian en alta voz: ¿No es este aquel hombre á quien buscan nuestros príncipes para darle la muerte? Vedlo ahí en medio de nosotros, y nadie le inquieta ni se atreve á decirle una palabra. ¿Será tal vez porque los príncipes de los sacerdotes habrán conocido verdaderamente que este es el Cristo prometido? Mas esto no puede ser. Cuando Cristo venga, nadie sabrá su generación, y de este sabemos su procedencia, su patria y sus padres. Este es galileo de la ciudad de Nazareth.

¿Cómo se conoce que Dios habia cegado enteramente el entendimiento y el corazón de los perseguidores de su Hijo! Los judíos acreditaron su torpe ignorancia acerca de la patria, origen y procedencia de Jesús. Habian echado en olvido que el lugar de su nacimiento fué en Belen de Judea, como estaba anunciado por los profetas, y que de aquella ciudad, aunque la mas pequeña en el reino de Judá, habia de salir el que dirigiese y gobernase todo el pueblo de Israel; que así lo habian anunciado ellos mismos á los magos de Oriente cuando llegaron á Jerusalem en busca del recién nacido Rey de los judíos, y que como á tal su genealogía y ascendencia subia hasta David. Persuadiéronse que Cristo era galileo y natural de Nazareth, fundándose en la larga mansion y continuada residencia que hizo el Señor en esta ciudad por espacio de treinta años; y así era que fortificados en su preocupación, y creyendo que de Nazareth nada bueno podia salir, ni aun como profeta querian recibirle. Pero Jesús, que no creia oportuno ilustrarles sobre su genealogía y procedencia temporal como hombre, sino que queria darles lecciones mas importantes é indicarles su origen divino y su misión

celestial, orillando la cuestión primera introduciéndose desde luego en la segunda, les dijo: Yo no he venido á hablaros de mi nacimiento y procedencia temporal; mas si quiero que sepáis que yo no he venido de mí mismo ni por mi voluntad, sino del que es la verdad por esencia, y vosotros no lo conocéis. Yo sí que lo conozco, porque procedo de él y soy una misma cosa con él: Dios me ha enviado y autoriza mi misión con la multitud de milagros que obra á una petición sencilla que le hago; ni miente ni puede mentir. Él es verídico y no quiere engañaros. Vosotros no lo conocéis como yo lo conozco, porque de él vengo y tengo el ser, y él es el que me ha enviado.

Como los judíos no comprendian bien estas importantes verdades, y lejos de procurar adquirir su inteligencia formaban una resistencia tenaz en el fondo de su corazón, desestimaban no solo las doctrinas que Jesús les enseñaba, sino hasta los milagros mas asombrosos y extraordinarios con que las confirmaba. Y si ponian resistencia á dar entero crédito á los oráculos de los profetas, que á cada paso veian á su vista confirmados, ¿cómo era posible que creyesen que venia de Dios, y que como Dios era la segunda de las tres divinas Personas? ¿Y que en cuanto hombre, pero hombre Dios por la union hipostática de su santísima humanidad con la persona del Verbo, era enviado á los hombres por la voluntad de Dios su Padre? Y no comprendiendo los príncipes de la Sinagoga estas verdades importantísimas, procuraban por ello prenderlo; pero ninguno osó poner en él las manos, porque aun no era llegada su hora: entre tanto muchos del pueblo creyeron en él y decian: cuando viniere Cristo, ¿hará por ventura mas milagros que los que este hace? ¿Nos dará pruebas mas incontestables de su misión, ó en mayor número que Jesús! Luego á Jesús es á quien debemos honrar como al Mesías; de otra manera nunca podríamos salir de la ilusión que nos oprime, y nos vértamos precisados á renunciar nuestras esperanzas. Prudente, justo y sólido raciocinio que formaron los verdaderos creyentes: ¡ojalá que siempre hubiesen permanecido fieles á este su santo propósito, por lo menos los que le habian formado; la desgracia de Israel y de Judá tal vez no hubieran sido tan grande! ¿Quién sabe si llevando Dios mas adelante los

designios de su misericordia, hubiera permitido que se hubiesen convertido verdaderamente á él!

Cual corre plácidamente por entre la menuda yerba un manso arroyuelo, y serpenteando por ella llega hasta las extremidades de un ameno y dilatado prado, que hace revivir y reverdecer, así corrían insensiblemente estos rumores favorables á Jesús por entre el pueblo sencillo y fiel, hasta llegar hasta los oídos de los fariseos, infundiéndoles graves y espantosos recelos, tanto que los obligaron á temer; por lo cual, reuniéndose muy luego en su Sanhedrin y temiendo que la chispa de la fe, que se hacia un incendio, inflamase prontamente á todo el pueblo, resolvieron de comun acuerdo mandar ministros para que lo prendiesen y trajesen á su presencia. No podía ocultarse á la comprension infinita del Salvador este tan perverso designio, y mientras llegaba la hora de ejecutarlo, aprovechó su Majestad el tiempo intermedio para ponerlo en noticia de las turbas, para darles esta nueva prueba de que su mision era toda celestial y divina, aunque tampoco de esta importantísima leccion habian de aprovecharse. Poco es el tiempo, les dijo, que me resta de estar en vuestra compañía: es preciso que yo vuelva á aquel que me envió. Esperad por tanto un poco, que lo que ahora no podeis ya lo podreis después.

Bien claramente les manifestó Jesús con estas palabras que nada ignoraba de todo cuanto pasaba en el fondo de su corazon. Los ministros que habian ido á prenderle quedaron sorprendidos y espantados á la vista de un hombre Dios; y desarmados del todo por la vehemencia de sus discursos, perdida enteramente su fiera, se olvidaron al parecer del objeto de su mision; y aprovechando el Señor esta tan repentina mudanza, continuó su discurso diciéndoles: Entonces os vereis privados de mí enteramente, y arrepentidos de vuestras iniquidades y resueltos á seguirme, me buscareis, pero no os será dado encontrarme: en vano desearéis verme y hablarme, como lo haceis al presente; pero por mas esfuerzos que hagais no podreis venir al lugar donde yo me hallo; será inaccesible para vosotros y para todo hombre mortal. ¡Oh! cuánto estorbo os hace ese tupido velo que vuestra razon cubre. Despejado, corredlo y os serán bien claras las verdades que os anuncio.

Por mas que los judios se esforzasen para comprender este discurso del Salvador, no podian descubrir el secreto misterioso que encerraba. Jesús no les habia dicho, *no podreis venir donde yo estaré, sino donde yo estoy*; significando con esto el cielo, donde estaba ya en cuanto Dios y donde iria á tomar asiento en cuanto hombre en un trono debido á su humanidad [1], porque estaba sustancialmente unida á la persona del Verbo, y comprado además con el mérito infinito de su sacratísima pasion y muerte; y siendo todo esto para ellos un arcano misterioso, se decian á sí mismos: ¿A dónde puede ir que nosotros no le podamos encontrar? ¿Si querrá ir á predicar á los gentiles que están dispersos por todo el mundo? ¿Qué quiere decir cuando nos amenaza que por mas que le busquemos no le podremos encontrar, porque irá á un lugar á donde no podremos llegar? Esta repeticion tristísima de los judios llamó la atencion de san Agustin y le obligó á decir [2]: Esto sucede cada dia á muchos cristianos que buscan al Señor y no le hallan, porque le buscan, no allí donde está, sino allí donde no está. Cristo no se halla entre las delicias, ni entre las riquezas, ni entre los honores; por esto los que allí le busquen, seguramente que allí no le han de encontrar. Ya habia dicho Job [3] que este grandioso y purísimo tesoro no se halla en la tierra de los que viven en delicias. El abismo de la tierra dice no está dentro de mí, y el mar afirma no conmigo, en lo que están figurados los avaros y los soberbios. Las exigencias de los avaros son como el abismo cuyo seno profundo no se halla, y como las olas entumecidas de los mares son los soberbios, cuya orgullosa hinchazon viene á estrellarse inútilmente contra la Peña. Hállase Cristo precisamente entre la humildad, entre la pobreza y la mortificacion: estas tres cosas trajo el Señor al mundo, y con ellas quiso nacer; ellas fueron las únicas señales que los ángeles que le anunciaban dieron á los pastores para que le conociesen [4]; Hallareis un tierno infante: ¡oh cuánta humildad! Envuelto en unos pobres pañales: ¡oh cuánta pobreza! Y reclinado en un pesebre: ¡oh cuánta mortificacion!

[1] Div. Crisostom. Hom. 49 in Joann.

[2] D. v. Augustin. Tract 41 in Joann.

[3] Job. cap. 28, vs. 13 et seqs.

[4] Lucæ c. 1.

Mientras los espíritus groseros del judaísmo no acertaban á salir de su ignorancia ni á aprovecharse de los primeros rayos de la fe que empezaban á desplegarse á su vista, seguía el Señor clamando en medio del templo en el día último de la festividad, y decía en alta voz: Si alguno se halla agobiado de la sed, venga á mí para beber una gota mucho mejor y mas abundante que todas las de la tierra; porque os aseguro, que cualquiera que cree en mí, tendrá dentro de sí, segun dice la Escritura, una fuente de agua viva que manará siempre en su seno. Puede ser que en el mismo instante en que Jesús clamaba con tanto fervor en medio del templo, llegasen los enviados de los sacerdotes sumos para apoderarse de su persona; pero lo cierto es que no lo verificaron, porque el Señor se manifestaba con una actitud tan imponente, que con sola su presencia á todo imponía y aterraba; y como el pueblo judaico era tan inconstante y variables que en una sola conversacion pasaba con mucha frecuencia de uno á otro extremo, aun de los mas opuestos y distantes, pudo tambien suceder que por un efecto de los sentimientos de su rectitud natural, se dejase impresionar de las santas doctrinas del Salvador; tanto mas que en otras ocasiones se habia dejado preocupar por las pérdidas sugestionas de los maestros artificiosos, que con pretexto de religion y so color de justicia, deseaban precipitarle y perderle.

El concurso que en aquel día se habia juntado en el templo, era, no hay duda, el mas á propósito para que la injusticia y la venganza hubiesen conseguido todos sus depravados intentos, pues se componia de una tropa bastante confundida de israelitas de todo el país, mezclada de un número muy considerable de habitadores de Jerusalem, la mayor parte, empero, gentes sin letras, sin crédito y sin autoridad; y así la sola alegoría de Jesús, pronunciada en muy pocas palabras, fué suficiente para que el pueblo numeroso se mantuviese en una expectativa fiel, lo que pudo tambien contribuir en gran parte al estupor sorprendente que se apoderó del corazón de los enviados por la Sinagoga.

Era maravilloso y en todos conceptos notable el modo con que Jesús con una sola palabra pasaba de las cosas de la tierra á las del cielo, y así tal vez conociendo la necesidad que tendrian los concur-

rentes al templo de beber agua por el calor del día, les suministró el admirable exordio con que principió su discurso; y como estaban acostumbrados á su modo de predicar, todos se convencieron de que aquella introduccion metafórica encerraba un grande misterio que el Salvador no tardó en explicar, aunque tenia motivos muy grandes para explanarla con la mas cautelosa reserva; y el discípulo amado que recostado sobre su pecho en la noche de la pasión bebió en la verdadera fuente los raudales inagotables de la mas alta sabiduría, nos las desenvolvió y aclaró, excusando á los fieles de los siglos venideros las dudas de una interpretacion arbitraria. *Hablaba Jesús, dice san Juan, del espíritu que habian de recibir algun día los que creyesen en él. Pues el espíritu, añade el mismo, aun no se habia dado, porque Cristo no se habia glorificado.*

El Evangelista nos dice que clamaba Jesús, y con esto nos manifiesta el fervor de sus deseos y la grandeza de sus afectos, para informarnos é instruirnos del afectuoso fervor con que debemos trabajar en el negocio de nuestra salud eterna. El que tenga sed, decía, esto es, el que desea la agua de la gracia, la doctrina de la vida y la gracia del Espíritu Santo, venga á mí de buena voluntad, pues yo á nadie quiero arrastrar por la fuerza: si alguno desea mucho y su deseo es fervoroso, á este llamo: generalmente hablo y á ninguno excluyo, cualquiera que sea su condicion y estado; cada uno segun su sed, en mí que soy Dios hallará su bebida, pues por esto soy la fuente de agua viva. Venga, no solo con el cuerpo, sino con los pasos de una fe bien formada en su corazón; venga, no con los pies, sino con los afectos; no caminando, sino volando en alas de mi amor y apartándose del amor del mundo, y beba con abundancia la agua saludable de la sabiduría y del Espíritu Santo hasta la superabundancia, y entonces brotarán de su vientre, esto es, del interior y del fondo de su corazón, rios de agua viva que purificarán los entendimientos y vivificarán los ánimos en la doctrina sana, en la benevolencia y en la continua accion de gracias, porque la fe y la bondad de un alma fiel á todos debe derivarse y comunicarse, pues no fluyen aguas vivas del vientre de aquel que solo cree ha de ser para sí mismo lo que beba en el mas puro manantial: así es que el que bebe en él para hacer bien á su prójimo, no se seca,

sino que continuamente mana; por cuya razon dijo el grande principe de los apóstoles san Pedro [1]: Comuniqué cada cual al prójimo la gracia ó don segun que la recibió como buenos dispensadores de los dones de Dios.

El Señor llama á sí todos los sedientos cuyo corazon está vacío del amor del mundo, á las aguas de la gracia ó del amor de Dios; sobre lo que dice san Agustín [2]: Si en tí habita el amor del mundo, no esperes que entre en tu corazon el amor de Dios. Vaso eres, pero lleno; derrama lo que tienes para recibir lo que no tienes; arroja fuera de tí el amor del siglo para que puedas llenarte del amor de Dios. Rio llama san Crisóstomo [3] al Espíritu Santo, porque así como un rio nunca atrás vuelve ni se está parado, sino que corre siempre, así aquel que recibió el Espíritu Santo no vuelve otra vez á los pecados ni se está quieto en la necia ociosidad, sino que siempre corre á lo mas fuerte, esto es, á lo mas áspero y de difícil ejecucion para progresar en la virtud. Dicese tambien agua viva el Espíritu Santo porque derrama en el corazon de la criatura dones multiplicados, la continuacion y la perseverancia, sin la que nada le valdrian todas sus obras meritorias y precedentes. En cuyo concepto dijo san Bernardo: Quita la perseverancia y todo obsequio perdió su mérito, todo beneficio su gracia y toda fortaleza su alabanza [4].

Si los judíos hubiesen penetrado bien el espíritu de la verdad de que estaba lleno el Salvador y el deseo vehementísimo que le animaba de instruirlos sólidamente en un asunto que tanto interesaba á su felicidad presente y futura, temporal y eterna, fácilmente se hubieran persuadido de que los milagros de Jesús eran el lenguaje de su divinidad, que en él se verificaba todo cuanto estaba escrito en la ley y en los profetas, y sin reparo ni duda alguna le hubiesen respetado como al verdadero enviado de Dios y como al Mesías prometido á los hombres. Es cierto que para llegar á esto necesitaban una fe probada y un convencimiento íntimo de todos los estados de

[1] Ep. 1.ª Petri, c. 4, v. 10.

[2] Div. August. Tract. 32 in Joann.

[3] Div. Crisost. Hom. 50 in Joann.

[4] Div. Bernard. Ep. 129.

humillacion por donde habia de pasar Jesús, y esto fué precisamente lo que faltó al mayor número de aquella desventurada nacion. Las humillaciones, los tormentos y la muerte del Redentor eran la condicion indispensable á que habia aligado Dios la efusion de su Espíritu sobre los discipulos de su Hijo, pues hasta que llegase al trono de su gloria y á la diestra de su Padre no se habia concedido á Jesús el enviarlo sobre la tierra.

Distinguendo como distinguir se debe entre las promesas y dadas que hacia Jesús al pequeño escuadron que le seguia con la mayor fidelidad, y las que hacia y milagros que obraba en favor de aquel pueblo incrédulo á quien entonces con tan fervorosa caridad él mismo instruía, se verá claramente que el espíritu propio de su Evangelio no se derramó con toda propiedad sobre los fieles cuando el mismo Jesucristo los instruía en persona durante el curso de su mision; porque efectivamente, este don perfecto no se derramó sobre todos ellos, ni aun sobre los apóstoles, hasta el dia en que recibieron toda la plenitud del Espíritu, de la gracia y del amor; y si bien la tradicion constante del pueblo de Judá era de que habia de escuchar la voz de aquel que segun todas las apariencias parecia el Mesías, y que se debian seguir todos sus grandes ejemplos, sin embargo, las multiplicadas inectivas de los doctores de la ley contra la persona de Jesús, hacian claudicar á los que parecian mas adheridos á su persona. Con todo, el fervor se generalizaba, y clamaban unos diciendo: Este es un verdadero profeta, sin faltar quien asegurase que él era el Mesías: los escribas y todos sus seguidores lo desconceptuaba y menospreciaban diciendo: ¿Pues qué, ha de venir el Mesías de Galilea, la última de nuestras provincias? No es posible que éste sea aquel famoso descendiente de David, mayor que todos los reyes, mas santo que los profetas, mas legislador que Moisés, ni que sea el descanso de las gentes, la gloria de todos los fieles, el Salvador de todos los hombres y el Hijo de Dios; y así aunque algunos de los que se hallaban presentes eran oficiales y ministros de la justicia y habian ido con determinacion de prenderlo, no lo ejecutaron entre tanta confusion y alboroto, porque temieron por una parte al pueblo, y por otra, aterrados por la multitud de las verda-

des que salían de la boca de Jesús, le respetaron, retirándose confusos de su presencia.

Aunque no fuesen tantos y tan multiplicados los motivos que tienen los hombres para persuadirse de la nulidad de todos sus despos y determinaciones contra los designios de Dios, bastaría para justificarlos el ver regresar á la presencia de los fariseos sus ministros y enviados sin habersé atrevido á emprender cosa alguna contra la persona de Jesús. Los pontífices y fariseos, que los esperaban con impaciencia al observar que volvían sin él, les preguntaron con azoramiento y enojo el motivo por qué no habían cumplido bien con su comision; á lo que no pudieron menos de contestar que sus palabras tenían tal eficacia y un atractivo tan grande, que encantaba yataba las manos para cualquiera ejecución; que jamás hombre alguno había hablado como él, y que no se le podía oír sin quedar como absortos y encantados. Que fué lo mismo que decir: Habla tan bien, que no parece hombre puro, sino algo mas; por lo que sería muy temerario poner las manos sobre él. ¡Ojalá que vosotros os hubiéseis hallado presentes! ¡Ojalá que hubiéseis oído sus palabras! A buen seguro que jamás maquinariais en adelante alguna cosa contra él.

Enfurecidos y llenos de rabia los fariseos, replicaron á sus enviados: ¿También habeis sido vosotros de los engañados y seducidos? ¡Ah! esto sería tolerable en personas de ninguna instruccion, en personas del infimo pueblo á quienes se seduce con facilidad por causa de su ignorancia; pero en vosotros sería un crimen imperdonable. ¿Habeis visto por ventura entre sus seguidores y discípulos algun hombre de especial nota, alguna persona constituida en dignidad, algun fariseo ó doctor, en quienes precisamente se hallan la ciencia y la discrecion? Seguramente que no. La gente que le sigue es la hez del pueblo, la que le escucha es la ignorante y maldita de Dios, pueblo novelesco que jamás ha estudiado la ley y cuyos sentimientos merecen ser reprobados. Sin embargo, es preciso advertir que en este pueblo infimo y al parecer despreciable, se encuentran con mucha frecuencia la piedad, la devocion y las virtudes todas, mas que entre el pueblo orgulloso y soberbio; y esto mismo pa-

rece que es lo que quiso dar á entender el mismo Dios cuando amenazó á Jerusalem su espantosa ruina por boca de Isaias, haciéndole decir: Oid, cielos, y tú ¡oh tierra! presta toda tu atencion, pues el Señor es quien habla: He criado hijos, dice, y los he engrandecido, y ellos me han despreciado. Hasta el buey reconoció á su dueño y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoció, y mi pueblo no entendió mi voz ni hizo caso de ella. ¡Ay de la nacion pecadora, del pueblo plagado de iniquidades, de la raza malvada, de los hijos depravados! Han abandonado al Señor, han blasfemado del santo de Israel [1]. Y como la doctrina de Cristo, las aseveraciones de los ministros enviados para prenderle y la fe del pueblo tan claramente manifestada, no bastaban para represar la malicia de los fariseos, sino que perseveraban constantes en la acriminacion de sus enviados y del pueblo sancillo y fiel, se levantó Nicodemus, que era discípulo oculto del Salvador y le apreciaba mucho, y como maestro y doctor dijo libremente á sus compañeros: Que no podía acomodarse á su parecer; que procedían con mucha precipitacion, y que la ley prohibía dar sentencia contra un hombre sin hacerlo oído ni examinado. Lleno estaba su corazon de justicia, y esta resplandecía en sus palabras y queria que brillase en sus obras; porque en verdad nadie puede ser legalmente condenado si por sí mismo no es confeso ó por otros convencido; debe ser juzgado estando presente y no ausente, porque para el juicio y condenacion de un hombre no es lícito proceder con ligereza, sino con circunspeccion y mesura. Mas los perversos fariseos preferían ser antes jueces condenadores, que hombres conocedores de la justicia y de la verdad.

Hallábase solo este virtuoso israelita entre tantos hombres perversos y malvados, los que burlándose de él le decían como por burla é insulto: ¿Acaso eres tú tambien galileo? Bien das á conocer tu ignorancia. Estudia las Escrituras y verás como jamás ha salido profeta alguno de Galilea. Nicodemus empero creía con muy viva fe, que si tan solamente una vez oyeran á Jesús con paciencia y sin

[1] Isaias. cap. 1, v. 3.

prevención alguna, que su palabra sería de tanta eficacia, que muy luego serían en un todo parecidos á aquellos que habían sido enviados á prenderle, y que convertidos al Señor creerían en él, así como aquellos habían creído; por cuya razón quería inducirles á oír á Cristo para que se convirtiesen oyendo la dulzura de sus palabras así como él se convirtió. Mas ellos obstinados, llenos de envidia y agitados por la venganza, despreciaron la persuasión de su compañero, y divididos en todos sus pareceres se apartaron de aquella junta regresando otra vez á su casa sin concluir el negocio para el cual se habían juntado. Volvieron vacíos de fe, engañados por sus malos descos á su casa, esto es, á la malicia propia de su corazón, á la impiedad y á su temeraria infidelidad, llenos de pesar por no haber podido satisfacer los pensamientos de iniquidad que en su corazón habían meditado y concebido.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Redentor dulcísimo de mi alma, guía y camino á quien deseo constantemente seguir, concédeme la gracia de que con todos los deseos de mi corazón suba por medio del arrepentimiento y la penitencia al día de la fiesta de la solemnidad eterna; de que á ella siempre me prepare, á fin de que cuando llegue el tiempo de que tú me visites, merezca llegar felizmente á aquella para contemplarte cara á cara, y allí eternamente gozarte. Por mí, Señor, veniste al mundo en carne mortal, y por mí uniste prodigiosamente tu naturaleza divina á la naturaleza humana: muévase pues las entrañas de tu eterna misericordia en favor de este indigno siervo tuyo, pecador y reo, y por los méritos de aquella María piadosa que te llevó por espacio de nueve meses como huésped en su vientre virginal, y de aquella María que retenía y conservaba en su corazón tus santas palabras y consoladoras promesas, esto es, por los merecimientos y ruegos de aquella tu clementísima Madre y Madre mía, dignate venir á mi alma por la infusión de tu gracia, para que no ame sino á ti, nada busque ni nada desee sino á ti solo, que eres toda mi esperanza y to-

do el deseo de mi corazón. ¡Oh fuente verdadera de aguas vivas! mira que tengo sed y que aunque soy en tu divina presencia un pecador miserable, suspiro incesantemente por tu gracia: á ti vengo y por ella con toda el afecto de mi alma suspiro; dame, pues, Señor, que de ella beba, pero con tanta abundancia, que los dones de tus gracias rebosen en mi corazón, y por sola tu benevolencia refluyan en mis prójimos y les aprovechen, para que viendo tú el buen uso que yo haga de las misericordias que me concedas, por el merezca, Señor, verme colmado de tus gracias en la vida y de tu gloria en la eternidad. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VII de san Juan y al X de san Lucas, desde el versículo 38 hasta el 42, ambos inclusive.

La Iglesia usa una parte del primero como Evangelio propio de la Misa de la feria III, después de la Dominica de Pasión, desde el versículo 1 al 13.

Otra parte como propio de la feria III después de la Dominica IV de cuaresma, desde el versículo 14 hasta el 31.

Y otra parte como propio de la Feria II después de la Dominica IV de pasión, desde el versículo 32 hasta el 39, todos inclusive.

Y el de san Lucas como propio de la festividad de la Asunción de María purísima á los cielos, desde el versículo 38 hasta el 42, ambos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

San Lucas, cap. VII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo andaba Jesús por Galilea porque no quería caminar por la Judea, porque los judíos deseaban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos llamada Scaenopogia. Y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí y vé á Judea, para que también tus discípulos vean las obras maravillosas que haces. Porque nadie hace las

cosas ocultamente si quiere ser conocido en público; ya que tales cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. Dícele pues Jesús: Mi tiempo no llegó todavía; el vuestro empero siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros; mas á mí me aborrece porque doy testimonio de él que sus obras son malas. Id vosotros á esta fiesta; yo no voy todavía á ella, porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Dicho esto él se quedó en Galilea. Mas luego que partieron sus hermanos, él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino en secreto. Buscábanle pues los judíos en la fiesta y decían: ¿Dónde está aquel? y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decían: Sin duda es bueno. Otros al contrario decían: No, antes engaña al pueblo. Mas ninguno hablaba abiertamente de él por medio de los judíos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

San Juan, cap. VII, vs. 14 al 31.

En aquel tiempo estando ya la fiesta á la mitad de los dias, subió Jesús al templo y enseñaba. Y maravillávanse los judíos y decían: ¿Cómo sabe éste las letras sagradas sin haber estudiado? Respondióles Jesús y dijo: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quisiere hacer su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios ó si yo hablo de mí mismo. El que habla de sí mismo busca su propia gloria, mas el que busca la gloria del que me envió, ese es veraz y no hay injusticia en él. ¿No os dió Moisés la ley? ¿y ninguno de vosotros guarda la ley? ¿Por qué queréis matarme? Respondió el pueblo y dijo: Estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte? Respondió Jesús y díjole: Una sola obra hice y todos os maravillais. No obstante, Moisés os dió la circuncision (no porque sea de Moisés, sino de los patriarcas) y en sábado circuncidais al hombre. Si por no quebrantar la ley de Moisés es circuncidado el hombre en sábado, ¿cómo es que os indignais con-

tra mí porque he curado un hombre en todo su cuerpo en dia de sábado? No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Decían algunos entonces en Jerusalem: ¿No es este á quien buscan para darle la muerte? Y ved ahí que habla en público y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros principes conocieron que este es el Cristo? Mas este sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo ninguno sabrá de dónde es. Entre tanto, prosiguiendo Jesús en instruirlos, clamaba en el templo enseñando y diciendo: A mí me conoceis y sabeis de dónde soy, y yo no he venido de mí mismo; mas el que me envió es veraz, al cual vosotros no conoceis. Yo sí que le conozco, porque de él tengo el ser y él es el que me ha enviado. Buscaban pues ellos cómo prenderle y nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. Entre tanto muchos del pueblo creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA II DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

San Juan, cap. VII desde el v. 32 al 39.

En aquel tiempo enviaron los príncipes y fariseos ministros para que prendiesen á Jesús; pero Jesús les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo y voy á aquel que me envió. Vosotros me buscareis y no me hallareis, y donde yo estoy vosotros no podeis venir. Entonces dijeron los judíos entre sí: ¿á dónde irá este que no le háyamos de hallar? ¿Acaso se irá por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: me buscareis y no me hallareis, y donde yo estaré vosotros no podeis venir? En el último dia de la fiesta estaba Jesús en pie y clamaba diciendo: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí, manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyesen en él (*hastá aquí el Evangelio de la misa*), pues aun no se habia comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no estaba en su gloria.

Muchas de aquellas gentes habiendo oído estos discursos de Jesús decían: este ciertamente es un profeta. Este es el Cristo, decían otros. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Betlehem, donde David moraba, debe venir el Cristo. Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Había entre la muchedumbre algunos que querían prenderle; pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él, y así los ministros velvieron á los pontífices y fariseos. Y estos les dijeron: ¿Cómo no le habeis traído? Respondieron los ministros: Jamás hombre alguno ha hablado tan *divinamente* como este hombre. Dijéronles los fariseos: ¿Qué, también vosotros habeis sido seducidos? ¿Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creído en él? Solo ese populacho que no entiende la ley es maldito: Entonces les dijo Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á Jesús y era uno de ellos y les dijo: ¿Por ventura nuestra ley condena á algun hombre sin haberle oído primero y examinado su proceder? Respondiéronle y le dijeron: ¿Eres acaso tú como el galileo? Examina bien las Escrituras y verás que el profeta que *esperamos* no ha de ser originario de Galilea. En seguida se retiraron cada uno á su casa.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCION DE
MARÍA PURÍSIMA A LOS CIELOS.

San Lucas, cap. X, vs. 38 al 42.

En aquel tiempo entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta le hospedó en su casa. Tenía esta una hermana llamada María, la cual, sentándose á los piés del Señor, estaba escuchando sus palabras. Marta andaba atareada en las haciendas de la casa, la cual se presentó á Jesús y le dijo: Señor, ¿no echas de ver que mi hermana me ha dejado sola en las haciendas de la casa? Dila pues que me ayude. Mas respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraída en muchísimas cosas; á la verdad que no hay sino una que sea necesaria. María ha elegido la mejor parte, y de ella jamás se verá privada.

CAPITULO XXXII.

LIBRA JESUS A UNA MUJER ADULTERA.

Pasadas que fueron todas estas cosas en el templo santo de Jerusalem, y como la ciudad no suministrase á Jesús un lugar seguro donde retirarse, queriendo tambien por otra parte ocultar su poder bajo las precauciones de una advertida prudencia, salióse del templo á la caída de la tarde del día en que se cerraba la fiesta y se retiró al monte de las Olivas, seguro asilo suyo hasta entonces, donde pasó la noche en oración; y al despuntar el día de la mañana siguiente (muy probablemente á la hora del sacrificio matutino) entró Jesús en la casa de Dios; en lo que se manifiesta el grande celo que le animaba por la salud y salvacion de las almas. Tan luego como se supo su llegada, corrieron á él en tropas las turbas de los judíos y lo rodearon; en lo que se patentiza tambien el grandioso desseo que estos tenían de aprovecharse de sus instrucciones. Sentóse Jesús y se puso á predicar. Fueron avisados de esto los escribas y fariseos, y como habían dejado por algun tiempo los medios violentos ó de fuerza, juzgáronse dichos de tener actualmente en las manos la ocasion de poner al que miraban como su enemigo en